

Turbocrónicas

MARCO AURELIO CARBALLO

Aprendiendo a escribir

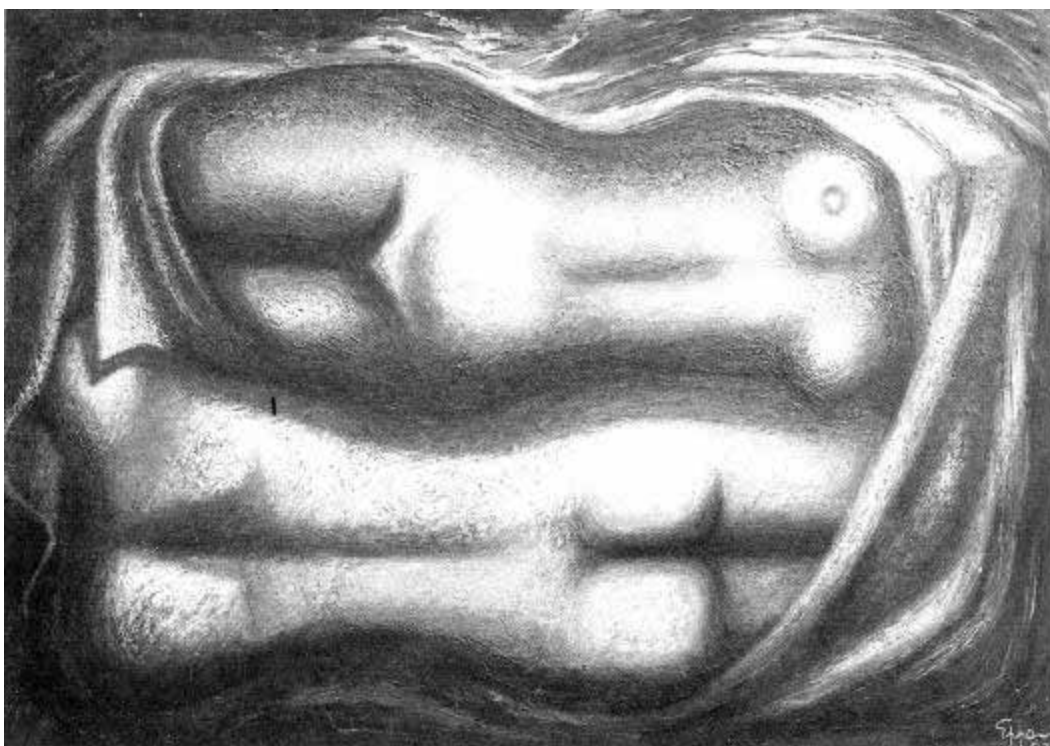
La teoría sobre la escritura no es de mi propiedad, tío. Como reportero siempre acredito opiniones y frases. Incluso la clave está en mi correo anterior. Flaubert escribió que los genios escriben mal. Dostoiewsky lo era como Cervantes. Flaubert decía que se aprende a escribir de los “macheteros”, porque ellos se preocupan y se ocupan de alcanzar cierta genialidad escribiendo bien. Vargas Llosa dice que a base de horas-nalga se alcanza lo que él llama genialidad humana. Los macheteros, por el tiempo que le dedican al macheteo, terminan por escribir poco, intuyo, o cuando menos publican poco. Tu tatarabuelo Víctor Hugo también tenía fama de genio. No le he leído más que “Los miserables”. Desde luego me marcó...

Ahí tienes a Balzac y sus ciento y pico de novelas. Un genio. Pero en su tiempo la mafia y los burócratas de la cultura lo ningunearon. También hay quienes escriben basura y la publican. Debe haber por ahí varios genios que escriban mucho y bien. Las obras completas de Dostoiewsky caben en nueve tomos. He ido dosificando su lectura. Yo no opinaría de su sintaxis porque no lo he leído en ruso. El mundillo de los traductores es interesante. Por ejemplo leemos en español un texto traducido del inglés pero el original escrito en japonés. Aparte

está el editor malandrín que suprime un capítulo o varios. Si lo hace con capítulos enteros imagínate el manoseo al resto de los episodios. Ni hablar de los libros piratas.

Todos estos aspectos de la escritura son interesantes para alguien con la curiosidad exacerbada, como podría ser la de un narrador. Pero no hay tiempo para saber todo. Aparte ¿cómo impedir el desvío de la ruta leyendo un best seller, aunque te resistas, cuando aún no has leído completo a Dostoiewsky o a Proust o no has releído a tus grandes maestros. A los tuyos, no a los de otros. Hay cretinos que te preguntan pero ¿no has leído a fulano? De lo que te has perdido, etcétera. A veces corres con mala suerte. Ejemplo, compré una novela del turco Pamuck y me falló la intuición al escogerlo. Dejé el libro a la mitad.

Por último debo decirte que no compito en materia de teclada. Hace tiempo dejé de hacerlo como reportero. Competir con los otros no te hace mejor. Debes superarte a ti mismo. Parece que aumentas el IQ en cinco puntos. Debes conocer tus límites y, si no, pierdes tiempo. De inmediato yo supe que ni poeta ni ensayista. Hay cierta conexión entre ellos. ¿Por qué hay poetas ensayistas? No han sabido contestarme. ¿Le he preguntado al poeta equivocado? Es tanto lo que debes aprender que sólo te resta ser humilde con el oficio. He tratado a gente soberbia que se quedó en el camino. Más



Francisco Eppens

amargados que si hubieran atendido, no los consejos, la voz interna que te alerta en que todo cuanto hagas puede ser superado por cualquiera con

mejor talento que tú. Por lo pronto no tuviste las mismas oportunidades que Scott Fitzgerald, digamos.

Hemingway cubrió la segunda guerra mundial y yo apenas la de los sandinistas, e incompleta Lo descubres cuando eres jurado en un concurso de cuentos. Desechas digamos noventa por ciento. Del diez restante sobresale uno y ese uno está por encima de los otros nueve. Pero nunca falta quién te reclame porque merecía el premio... ¿Soberbio es sinónimo de cretinez

o es mera falta de autocrítica?

No confundo el estilo con el fondo o con el mensaje, tío. Hablaba de por qué escribe el que escribe. De donde derivé al subtema justo de que los genios escriben mal, de manera incorrecta para los puristas, para los fascistas del lenguaje. “La gente piensa que las torpezas son el estilo” dijo Hemingway, “y muchos las copian”. Desde luego él tenía un estilo inevitable. En cuanto al

fondo es aquello que debe guardar equilibrio con la forma, la historia al nivel de la escritura, algo difícil de conseguir. Del mensaje ni hablar, ya está dicho: ¿Mensaje?, los telegrafistas.

De lento aprendizaje

Los perfeccionistas padecemos de una autocrítica feroz, tío, como tú sabes bien. Así que debo confesar que en mi reciente viaje a La Paz, Baja California Sur, cometí un error. Espero que esta confesión me permita alcanzar la tranquilidad de conciencia, desde entonces tundida por mí mismo. Si aparte de esa autocrítica desalmada padecemos también el síndrome que te lleva a enfrentar a la autoridad cuando eres inconsciente, o a cruzarte a la otra banqueta cuando ya sabes de qué pie cojeas, entonces terminas por tomar un sendero que nadie te envidia y por el cual tampoco nadie te acompaña. Ahí te ves, dice mi vieja.

Huyen de ti como deben huir de las vacas locas o de la gripe aviar. Bueno, el caso es que viajamos el colega

José Ureña y yo para establecer un diálogo con los colegas paceños, a partir de un seminario de tres sesiones sin límite de tiempo.

A José Ureña le tocó hablar de su experiencia como columnista político y al de la tecla sobre los géneros periodísticos dejados en el abandono. El colega hizo una interesante exposición de su labor y atrajo la atención al comentar su experiencia de las horas previas a la muerte del candidato priista a la presidencia Luis Donald Colosio.

En mi turno nada más expuse cuanto me brinca al leer los periódicos. Me ha brincado que los lectores disponen de las notas informativas y de las entrevistas, en el fondo, lo mismo. Es decir, las buenas notas provienen en gran porcentaje de una entrevista. Pero ¿y las encuestas?, ¿y las crónicas?, ¿y los reportajes? Tampoco leo las llamadas entrevistas de semblanza. De manera incomprensible y superficial se culpa a los avances tecnológicos de esa escasez de géneros, de esa falta de explotación de la encuesta, de la crónica y del reportaje. Yo tengo mis

dudas porque a mayor avance en ese sentido debiera corresponder mejores encuestas, crónicas y reportajes.

Pero no es así. Por supuesto hay excepciones, como sucede con “El Herald de Chiapas” y con el “Diario del Sur”. El principal enemigo es el tiempo, creo. Los periódicos necesitan la información hoy, ¡hoy!, ¡hoy!

Pero el reportaje reclama no horas de trabajo sino días. La crónica debe estar redactada en cosa de horas, pero ahí se necesita algo extra y eso podría ser el dominio de los instrumentos de la narrativa. Si en las escuelas de periodismo locales se escribe apenas un centenar de cuartillas durante toda la carrera, mientras se escriben cinco mil en las escuelas gringas, ¿cómo superar esa desventaja?

Propongo seguir la estrategia de los boxeadores, cuando un peso gallo, por ejemplo, se entrena con un

peso pluma. Esto es, escribir cuentos. Ni hablar de las encuestas. Ya nadie sabe escribir entradas de encuestas.

Pero ¿dónde diablos estuvo mi error?, te preguntarás, tío. Al grano. En la última sesión del seminario, auspiciado por el Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE), vía Fernando Macías Cué, se me ocurrió, haciéndole al provocador, decir que nadie iba a aprender a escribir reportajes con un seminario de tres sesiones si no se sometía a una disciplina canija. Digamos que por el resto de la vida. Pero que ese grupo distinguido de colegas estuviera presente ahí, escuchándonos, era prueba suficiente de que ellos cuando menos estaban dispuestos a intentarlo. La provocación debió ser para los ausentes, para quienes no asistieron porque se sintieran realizados. Tardé en hallar el intento de enmienda de mi error, pero la hallé. ¿Cómo? ¡Escribiendo la experiencia y exhibiéndome como un torpe!, me dije después de una semana porque soy de lento aprendizaje. Escribirla y ofrecer disculpas. Prometiéndome, desde luego, no volver a hacerlo...

El achispamiento civilizado

Soy escéptico, mas no pesimista, amigo Guillermo. De ese modo las decepciones no te dan pretexto para empuñar el codo. En el DF está haciendo un calor infernal. Logré eludir el jaibol, aunque me zampé una botella de vino espumoso frío. Le convidé una copa a la cocinera, a doña Gregoria. Es vino espumoso ¿verdad?, dijo ella cuando se lo serví. Me asombró. No

dijo ni champaña ni sidra. Según mi subcultura alcohólica, la champaña es de uva y la sidra de manzana. Fuera de la región francesa de Champaña está prohibido llamar champaña al vino espumoso. ¿Lo sabe doña Gregoria? Podría ser. Ella fue cocinera en la casa de un tío de Petunia. Ese tío, Fulvio Zama (FZ), trabajó de secretario particular del presidente Álvaro Obregón. Cuando iba a firmar unos documentos en La

Bombilla, le pidió prestada la estilográfica a su “secre”, a FZ. Después del asesinato de Obregón, la pluma del tío de mi vieja fue a parar al museo de Álvaro Obregón. Ahí podría haber un cuento. Sin duda doña Gregoria aprendió de vinos en casa de ese tío, cuyos padres llegaron de Faenza, Italia. Entonces doña

Gregoria sabe de vinos más que yo, deduzco. Ese aprendizaje, para quienes ejercemos el difícil arte de beber sin perder la vertical, te lleva toda la vida. Lo sé.

Al final de cuentas, le digo a Petunia en mis peroratas, lo único justificable es el vino y siempre y cuando botanee poco o mucho. Ni antes ni después de comer. ¿Para qué el aperitivo si no tienes apetito? ¿Para qué el digestivo si comiste demás? No comas si no tienes apetito y come un bocado menos para evitar el digestivo.



Gelsen Gas

Petunia escucha callada. Hablar del trago, ventilar el tema, contribuye a dejar la bebida.

La terapia de la doble A se basa en eso, sabemos tú y yo. Pero a Petunia le desagrada el tema.

Después discurrí que me gustaría beber champaña o vinos espumoso en el último tramo de la vida. ¿Por qué? Por maniático. Su graduación alcohólica no le llega a la del tequila ni a la del whisky, reflexiono, lo cual te permite un achispamiento civilizado. Además se bebe frío y por su dulzura es más agradable al paladar. También las burbujas tienen un atractivo para mí. Del gusto por la cerveza pasé al jaibol, después de haber probado otras bebidas. Las cervezas tiene burbujas y también el jaibol con agua mineral gasificada. El jaibol con agua natural me desagrada.

Cuando compro agua la compro con gas. ¿Seré adicto al gas?, me pregunto. ¿Desde cuando? De chamaco, cuando voceaba periódicos y revistas en la tierra, a treinta y cinco grados de temperatura ambiental, mis colegas y los boleritos competíamos para ver quién se acababa una botella de agua mineral de un tirón. Terminábamos echando burbujas por los cuatro puntos

cardinales. No recuerdo si alguna vez gané. Eso no importa. Importa el origen de mi adicción.

Entonces ¿por qué no beber champaña en el último tramo de mi vida? Hay un inconveniente. Con el costo de una de champaña compro dos de mi whisky preferido. Una de whisky dura una semana y la de champaña horas. Ese es el dilema atroz. Claro, me quedan los vinos espumosos.

Así que empezaré el aprendizaje para hallar mi vino espumoso preferido. En caso de dar un golpe de fortuna (lotería, melate, un millón de ejemplares de mi próximo libro) podré avituallarme de cajas de champaña para el resto de la vida. ¿Qué tanto beberé? ¿Una botella a diario con doña Gregoria? Podría ser lo de menos. 🍷